

EL MÉDICO DE LA PRISIÓN



COLECCIÓN THOMPSON&THOMPSON



Ernst Weiss
EL MÉDICO DE LA PRISIÓN



Traducción del alemán a cargo de
CARLOS FORTEA



EX LIBRIS.....

.....



GINGER APE BOOKS&FILMS



**Cofinanciado por
la Unión Europea**

**Federal Ministry
Republic of Austria
Arts, Culture,
Civil Service and Sport**



Esta obra ha sido cofinanciada por el Programa Europa Creativa de la Unión Europea (Support to Literary Translation Projects). Ha contado con una ayuda a la traducción del Ministerio de Arte, Cultura, Función Pública y Deporte de la República de Austria y una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte de España

TÍTULO ORIGINAL: *Der Gefängnisarzt oder Die Vaterlosen* (1934)

AUTOR: Ernst Weiss

TRADUCTOR: Carlos Fortea

Agradecimiento especial a María Ferragud Ferragud, alumna del Máster en Traducción para el Mundo Editorial de la Universidad de Málaga

COLECCIÓN: Thompson&Thompson

TT13-00026-A

PRIMERA EDICIÓN EN GINGER APE BOOKS&FILMS: junio de 2023

DE LA TRADUCCIÓN: COPYRIGHT © Carlos Fortea Gil

DE LA PRESENTE EDICIÓN: COPYRIGHT © Ginger Ape Books&Films

© COPYRIGHT

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-127257-8-0

DEPÓSITO LEGAL: AL 1675-2023

THEMA: FBA

GINGER APE BOOKS&FILMS, S. L.

WWW.GINGERAPEBOOKS.COM

WWW.FACEBOOK.COM/GINGERAPEBOOKS · WWW.TWITTER.COM/GINGERAPE

LOS HUÉRFANOS
O
EL MÉDICO DE LA PRISIÓN



I

En otoño del año 1923, en una distinguida zona residencial de B., una gran ciudad del este de Alemania, tuvo lugar un robo con homicidio contra un antiguo industrial de guerra y comisionista, Jakob Zollikofer, llamado Rosenfinger, en el curso del cual tuvieron que caer en manos del autor o autores del delito grandes sumas de dinero en divisa extranjera, pero también unos cuantos miles de los nuevos marcos-renta, numerosos valores, en parte alemanes, en parte extranjeros, y sobre todo muchos objetos de valor. También se echaron de menos un brillante rosado, engastado en un anillo de platino, así como una perla de mediano tamaño en un alfiler de corbata. Habían servido al uso personal del asesinado, mientras había recolectado las demás alhajas como *valores* durante los años de la inflación. Además, faltaban algunas pequeñeces, por ejemplo un «pañuelo de caballero» con puntillas suizas, que al parecer el atildado anciano, conocido como amigo de la belleza en todas sus formas, llevaba siempre en el bolsillo delantero izquierdo de la chaqueta.

La primera sospecha, que fue seguida con el mayor celo, recayó en un tal Rudolf D., un joven muy apuesto de la mejor posición social, sospecha expresada por uno de los muchos *confidentes* de la policía, Manfred v. G., y un funcionario del servicio interno llamado Steffie, que habían conocido bien al anciano caballero desde los años de la guerra... pero en secreto y sin atenerse a las formalidades de un acta. Manfred v. G. estaba considerado un hombre de toda

confianza, al igual que Steffie. Sin duda dirigía un club de apuestas, pero ni en este ni en ningún otro sitio había sido acusado de nada incorrecto.

El comisionista, antaño un hombre respetado en los círculos pequeñoburgueses y personalmente apreciado, se había hecho muy rico durante la guerra. Sin abrir una fábrica propia, había sabido conseguir encargos de material de guerra y había implicado en ellos con gran beneficio a distintas empresas más antiguas. Sabía de antemano lo que se necesitaba y había calculado con aproximación correcta la duración de la guerra. En los últimos años no había mantenido a toda costa sus participaciones en las empresas, más bien había dirigido su interés al extranjero, y al final solo había trabajado «a cambio de oro».

Se jactaba de no haber comprado bonos de guerra y de no haber pagado una parte importante de sus impuestos.

—¿Para qué? ¿Qué me da a mí eso que llaman el Estado? ¿Trabajar para todos esos funcionarios inútiles? ¡No! Sálvese quien pueda. Yo puedo.

Durante el día trabajaba muy intensamente; tenía a su cargo la mayoría de las conferencias telefónicas de la ciudad. Sus ganas de trabajar no habían hecho más que incrementarse después de la muerte de su mujer, con la que había convivido «bien, decente, limpiamente» y sin gran amor, «yo mismo ya no lo comprendo, ¡eran otros tiempos!». A menudo hablaba de su juventud en un pequeño pueblo de la Selva Negra, donde su padre y su abuelo habían ejercido como maestros. Pero no tenía la menor intención de regresar allí. Por las tardes, ahora se rodeaba de «personas interesantes»,

como él las llamaba. Entre ellas le importaban especialmente unos cuantos jóvenes, «pura alegría», jóvenes guapos y bien plantados, en torno a los veinte años, pero también le gustaba tener a su alrededor en su espléndida casa a hombres mayores, incluso aunque ya estuvieran algo gastados por la vida.

Entre los jóvenes, había acogido especialmente en su corazón a Rudolf D., que cuando tenía diecisiete años, en noviembre de 1918, había sido la primera de sus compañías después de la muerte de su mujer. Rudolf era «un modelo de persona» para él. En vano el hermano de Rudolf, Konrad, unos años mayor, había intentado oponerse. El hermano mayor se sentía responsable del más joven. El padre de los dos chicos había caído en combate.

Aquel hombre maduro había malcriado al chico, le disculpaba su frialdad, es más, lo amaba tanto más por aquella frialdad. Confiaba en él. Así que lo había tomado bajo su personal protección, y había hecho que el deportista Steffie lo instruyera en *jiu-jitsu* y en tiro.

Así que la primera sospecha recayó sobre Rudolf D., aunque no era ni más ni menos sospechoso que un montón de otras personas *interesantes* que entraban y salían de la gran mansión de Zollikofer. Por otra parte, se decía que algunos días antes del hecho del que se le acusaba Rudolf se había ido de la ciudad después de una disputa con su hermano mayor.

Posiblemente había seguido, como hacía a menudo, su peculiar impulso viajero, del que en los últimos años solo en apariencia se había curado.

También en esta ocasión, el hermano mayor salió con todo su amor en defensa del pequeño. Pero ¿por qué Rudolf no daba señales de vida? ¿No se había enterado de la muerte violenta de su viejo amigo? Si hubiera estado en B., fácilmente habría desmentido las secretas afirmaciones, expresadas tan solo en privado, del propietario del casino. O tal vez no.

Por los testimonios de Manfred y Steffie, que no discrepaban entre sí, se podía imaginar que Rudolf era un hombre desenfrenado, totalmente entregado a los estupefacientes en los últimos años, un sujeto que huía del trabajo, que jamás había ganado un céntimo con un empleo decente, perfectamente capaz de cometer un hecho semejante por su adicción a la cocaína, cada vez más cara y que necesitaba en cantidades cada vez mayores. Así lo expuso Manfred, poniéndose discretamente la mano delante de los finos labios y, el *camarada* Steffie, al que no le resultaba tan fácil encontrar las palabras, se había encogido de hombros y se había enderezado la corbata, sin quitar ojo a Manfred, y no le había llevado la contraria. De ese modo, algunos vieron reforzadas sus sospechas sobre el ausente, pero otros consideraban que precisamente en el caso de Rudolf resultaba imposible un acto así.

II

El comisionista, sin hijos, de unos sesenta y ocho años, beneficiario de la guerra y especulador con la inflación, había envejecido mucho en los últimos meses que precedieron

[12]

a su muerte violenta. Hasta entonces había tenido un aspecto inusualmente juvenil para su edad, y se había sentido joven, «sin desgastar» a pesar de sus años.

Hacía mucho que ya no se sentía a gusto en los círculos en los que se había movido antes de la guerra con su modesta y regordeta esposa, los viejos conocidos miraban con sorpresa el nuevo lujo, ponían grandes ojos de envidia, preguntaban el secreto de su éxito, luego se iban y el viejo comisionista no volvía a llamarlos, nunca aceptaba sus escasas invitaciones. Los verdaderos «grandes» círculos, los viejos industriales de preguerra, solo tenían trato comercial con él, es decir telefónico, por lo demás se mantenían apartados, sin ofensivas asperezas. Se disculpaban y jamás acudían.

El anciano había decorado su casa conforme a su idea de la auténtica belleza. Le alegraba el corazón ver a su lado figuras jóvenes, bellas, florecientes, se sentía inclinado hacia todas las actividades deportivas. En verano organizaba partidos de tenis en la pista de su jardín, en invierno celebraba combates de *jiu-jitsu* y otros deportes en su gran gimnasio, y los observaba en silencio desde un rincón, con un buen puro apagado entre los labios. Dicen que también había chicas jóvenes que entraban y salían de su casa. Él las amaba o no las amaba; los quería a todos, nunca a uno solo, a una sola. A excepción del joven Rudolf.

Poco antes de su muerte (un tiro en el cuello delante de la espléndida mesa Renacimiento de roble tallado, en una casa, por lo demás, extraordinariamente descuidada), había recibido la visita del joven médico Dr. Konrad D., el her-

mano de Rudolf. Por aquel entonces, parecía que su mayor preocupación (aparte de Rudolf) era evitar los signos externos de la ancianidad. Así que se había teñido el cabello, entretanto muy escaso, de castaño oscuro, se había maquillado «con tacto y discreción», se había depilado parcialmente las boscosas cejas de oso y corregido estéticamente su línea con un lápiz de ojos, y sobre todo había tratado de mantener con todo refinamiento juveniles y hermosas las uñas y el resto de las manos. De ahí su apodo de Rosenfinger, que le habían puesto, burlones, los que él llamaba sus amigos, y del que estaba al corriente:

—Dejaos agasajar por mis dedos de rosa —decía sonriente cuando les servía sus viandas y bebidas.

Y, sin embargo, tuvo que acabar dándose cuenta de lo grotesco que resultaba su antinatural aspecto, y tuvo que reírse cínica y desconsoladamente de sí mismo, Rosenfinger, eternamente joven, y de su inevitable ancianidad. No se le podía negar cierto humor, quizá también cierta compostura. Sabía amar. Cierta sabiduría no le era ajena.

—El tiempo se burla de muchos —le había dicho una vez a Chiffon—, de mí no. A mí me hace reír. Cuando no estoy riéndome, leo los periódicos o me miro al espejo, ¡y entonces me vuelvo a reír!

Así que sabía lo que hacía, quizá incluso intuía lo que le esperaba. Siempre había tenido un «estúpido» miedo no a la muerte, sino a morir, o mejor dicho, a los últimos instantes previos a la muerte.

—¡Lo que daría por despertar y estar muerto como una piedra! ¿No podríais ayudarme, chicos?

Solamente tenía parientes lejanos, primos por matrimonio que vivían en muy precarias condiciones en pequeñas localidades situadas entre Freiburg im Bresgau y Basilea. A lo largo de los últimos años, habían tratado de incapacitarlo. Pero su conducta aún era demasiado «ordenada» para eso.

Era la época del final de la inflación, y aquellas circunstancias terriblemente inestables empezaban poco a poco a dar paso a la solidez.

La investigación policial del asesinato de Jakob Zolliker, apodado Rosenfinger, que después del impulso inicial prosiguió con bastante poca energía, quedó empantanada después de algunas indagaciones carentes de resultado. No había rastro de Rudolf D. Pero tampoco se habían fortalecido las sospechas en su contra.

Se atribuía al comisionista asesinado una nociva influencia en personas jóvenes. Después de su muerte repentina, pronto quedó olvidado.

Nadie lamentó seriamente su pérdida.

III

El confidente de la policía Manfred von G., apodado Chiffon¹, tenía su empresa en un barrio decente, residencial y comercial, al que llamaban «los pasadizos suecos». El club, que estaba instalado en los bajos de una casita de dos pisos, con aire de chalé, en mitad de un bloque de edificios de alquiler más altos, se llamaba Hera.

¹ Tejido de tela suave y liviana [N. del T.].

El propietario del casino era un hombre relativamente joven, que en 1923 apenas tenía treinta años, pero estaba ya un tanto gastado. De pelo ceniciento y seco por naturaleza, que solo era posible mantener en su sitio a base de mucha brillantina, sobre una frente arrugada, pero no del todo baja, con profundas surcos en torno a la boca fruncida, caminaba a saltitos, con ademanes tímidos y encantadores, postura muy erguida y segura y buenos músculos a pesar de su delgadez, ojos hundidos e inteligentes de color indefinible y una forma de hablar escogidamente baja, de vez en cuando un tanto tartamudeante. Siempre tenía algún quehacer, y sin embargo siempre parecía estar en dificultades, para las que no obstante no pedía la ayuda de nadie. Todo se quedaba siempre en palabras, que pronunciaba sonriente, esforzándose en no abrir una boca de largos y feos dientes; entre sus finos labios había casi siempre un cigarrillo, se quejaba de «agobio», parecía que nunca se liberaba de sus obligaciones. De dar crédito a sus lamentos, vivía precariamente y solo, como un hongo en el cuarto trasero, en la cocina de una vivienda privada instalada en el club, y apenas salía de ellos. No era que siempre se ocupara personalmente, noche tras noche, de llevar la banca del Trente-Quarante, el Ecarté y la ruleta... no se rebajaba a tal cosa, para eso tenía su gente. Pero ¿cómo iba a permitirse descansar y dejar su empresa, si siempre había diferencias que arreglar entre los *niños*, es decir los jugadores, y los *gariteros*? Había empezado a tartamudear después de un *incidente*, del que daba muchas indicaciones, siempre contradictorias.

Sus niños no tenían razón, —«no tenían ninguna razón», se lamentaba entre entrecortadas exclamaciones, al quejarse de métodos sucios en los «pasadizos suecos» señalaba con un índice huesudo, amarillento por el tabaco, a sus clientes, jóvenes y viejos, tipos pobremente vestidos junto a otros muy atildados, apiñados en torno a las verdes mesas de juego a la luz de las lámparas resplandecientes—, porque (entonces se reía, y las arrugas de su rostro se multiplicaban), ¿acaso todos esos buenos chicos no volvían de mil amores? Esa era la prueba más clara de su fiabilidad. Y la policía nunca había encontrado nada que reclamar.

Manfred von G. siempre era amable, siempre dulce, modesto y cortés, siempre *gentleman*. Daba a los niños comidas espléndidas por unos pocos céntimos. En su casa había *mesa caliente* día y noche, sin por eso quedar obligados a jugar, señalaba sonriente, enseñando sus feos, largos y amarillentos dientes; en su casa el fogón siempre estaba encendido para sus pequeños, incluso entrada la noche, cuando hacía mucho que habían cerrado los restaurantes de la ciudad. No le importaban nada los jugadores que querían operar con grandes sumas. Sus beneficios se mantenían dentro de unos límites seguros, no exagerados. Las comidas abundantes le estropean a uno el estómago, solía decir. A menudo pasaba por allí algún padre de familia, quizá con ocasión de un paseo inocente, una salida para tomar una cerveza o viniendo de la estación, a la que había llegado en el tren nocturno, y leía la carta, limpia y bien iluminada detrás de un cristal y enmarcada a la entrada de la casa, de la distinguida y silenciosa finca, en la que solo había platos económicos. Si un huésped

entraba y disfrutaba en una cómoda y pequeña antesala, el «comedor» —al que el discreto alboroto del próspero casino apenas llegaba—, de una cena consistente, por ejemplo, en un delicado ganso asado con lombarda por 5 marcos —que en otoño de 1923 habían llegado a ser 500 mil millones de marcos y luego un simple marco-renta—, se quedaba un momento, encendiendo un cigarro, por mera cortesía, aunque solo fuera por echar una mirada al juego, siempre emocionante. Casi cada uno de los niños que llevaba un poco de dinero encima empezaba entonces a apostar, «en broma», una pequeña suma, que iba desde unos pocos marcos hasta unos cuantos miles de millones, después de haberse registrado *proforma* con cualquier nombre en el libro de huéspedes abierto. Durante la época de la inflación, a menudo los hombres se contentaban con poder apostar ese mismo día una masade dinero cada vez más gigantesca y poder invertirla en valores, porque a la mañana siguiente, con el dólar en ascenso, su valor de compra podía haberse dividido por dos. Llevaban los bolsillos llenos de «una cosa que se parecía al antiguo dinero» y se lo jugaban «en broma» con la conciencia tranquila, «siguiendo la broma».

Sin duda el mercado negro de divisas estaba prohibido, pero se decía que Manfred von G. tampoco hacía ascos a ese negocio con divisas nobles, en metálico, al que siempre podía recurrir si quería y que, al menos durante un tiempo, tuvo en su poder muchos dólares, francos suizos y coronas checas. Nadie le preguntaba de dónde salían. Tampoco había por qué saber adónde iban. Los tiempos eran emocionantes, uno se embriagaba con todo, incluso con las cifras astronómicas.

El canoso propietario del casino, ligeramente perfumado, jamás empujaba a jugar a los niños, jamás les invitaba a quedarse. Ataviado con un mandil blanco como la nieve, con el puro encendido en la comisura de los labios, solía ocuparse tan solo de la cocina durante toda la velada. Por las tardes y noches, no veía con gusto en sus mesas de juego a huéspedes femeninas, por hermosas y amables que fueran. De creerle, parecía tener poco trato personal fuera de su floreciente empresa, ni amistad, ni enemistad, ni amor.

Pero todo aquello no era cierto; era tan poco auténtico como su eterno tartamudeo y sus finanzas necesitadas de recuperarse, sus apremiantes deudas. (De su verdadera dolencia, su vieja dolencia estomacal, casi nunca hablaba con su enemigo Rudolf, con su amiga Vera). Pero, si observaba una mirada dubitativa, redoblaba la cortesía y el tartamudeo. A menudo este era tan fuerte que hacía imposible el entendimiento entre él y los otros y le obligaba a limitarse a un —¡qué inteligente!— silencio.

¡Cuánto le dolía que la amargura de la vida no le permitiera vivir en paz con todos esos buenos chicos! Como tenía un aspecto tan delicado y frágil, se daba crédito a su amor a la paz, su sinceridad, su carácter neutral, y así incluso la policía le creía, a él y a su *camarada* Steffie, sin la menor duda, y le cubría en silencio durante años cuando hacía falta. Naturalmente que tenía enemigos, pero ¿no era solo por su corrección? Pagaba sus impuestos y nunca dejaba pasar las colectas de beneficencia sin hacer pequeños donativos.

¿Cómo iba a enriquecerse con la propiedad ajena, con las joyas ajenas? Tenía más que suficiente. ¿Cómo iba él,

aquel hombre delicado, a encarnizarse con una vida humana? ¿Y su *camarada* Steffie, que siempre había prestado sus servicios y más? Eran hombres de honor, y se lo habían demostrado a menudo a las autoridades.

Él, Manfred, trabajaba. Rudolf estaba ocioso. Él, Manfred, se mostraba tímido en las peleas y ni siquiera usaba las llaves permitidas del *jiu-jitsu*, que se suponía que dominaba mejor que el desenfrenado Rudolf, que no retrocedía ni ante las llaves ilegítimas.

¿Por qué razón iba el fino Chiffon a calumniar a un hombre como Rudolf? ¿A mostrarse hostil a él? No. ¿Por qué no iba a cederle a esa vaca lechera, Rosenfinger, de la que ese tipo alto, sano, fuerte como un árbol que era Rudolf ordeñaba buen oro! ¿Rudolf podía quedarse tranquilamente con su viejo y necio Rosenfinger, poseído por el miedo a la muerte, y proteger a ese viejo loco de enemigos imaginarios con las 606 llaves del *jiu-jitsu* y con su pequeño revólver negro!

Decían que algún ser desconocido había sugerido al «ignorante» Rudolf la idea del consumo de cocaína. Pero Rudolf jamás había expresado él mismo esa sospecha en contra de Manfred. Y Vera podía mendigar cuanto quisiera, ya no conseguía mucha cocaína de verdad. Sin duda él, Manfred, tenía buenas fuentes, y sin duda especialmente baratas, de cosas apetitosas como heroína, morfina, cocaína. Pero esos pobres locos, los adictos, esos menos que niños que no distinguían la derecha de la izquierda, ¿por qué iban a pagar esas cosas tres veces más caras de lo que él podía proporcionárselas? Si no se las hubiera *suministrado* él, otros lo

habrían hecho. En los años de posguerra no siempre había pan, había igual de poca mantequilla, y el trabajo escaseaba, pero siempre había cocaína. Si él, Manfred, cobraba buen dinero, daba a cambio cocaína decente. Era legal. No había quejas. «¡Si los niños necesitan embriagarse, el azúcar es azúcar!».

El dinero de valor constante, la divisa noble, dejó de negociarse en negro en todos los cafés, clubes masculinos y asociaciones deportivas, en todas las esquinas de las calles, después de la aparición del legendario marco-renta. Ya no se nadaba entre miles de millones, solo había libras y coronas checas en los bancos, ya nadie los quería. Y el marco-renta, con sus diminutas cifras, era por desgracia escaso. No todos los jugadores tenían suficientes de aquellos billetes azul grisáceo, grotescamente firmados. Pero sí tenían los objetos de valor acaparados durante los años de inflación o cuidadosamente conservados a lo largo de aquellos años de miseria: relojes, incluso de Glashütte, con sus bajas cifras de producción, collares, viejas y pesadas monedas de 20 marcos, alfileres de corbata con hermosas piedras o grandes perlas, piedras y perlas sueltas, metal noble sin acuñar, dentaduras de oro, bolas de plata, lingotes de platino, arquetas de plata con todo su contenido. Y también cosas menos valiosas que tan solo a los niños les habían parecido tan valiosas e insustituibles, palas de tarta de plata sobredorada, pero en absoluto maciza como siempre habían creído, cubiertos de caviar de madreperla, pendientes de niña y regalos de bautismo.

Esos objetos se los ofrecían a él, al que se conocía como legal, humano y con músculo financiero, para que los cam-

biara por fichas de juego. Pero ¿qué iba a hacer él con todo eso? No tenía hijos ni quería tenerlos, ¿para qué quería él pendientes de niña y regalos de bautismo? Ya tenía bastante con sus niños grandes.

Sufría del estómago, no comía caviar. No necesitaba ningún reloj nuevo, aún llevaba el grueso, de plata, que le había regalado su madrina para la confirmación. Pero, si a un niño se le había metido en la cabeza jugar, ¿por qué no iba a prestarle ayuda? Se le podían dar las cosas en prenda en toda regla, recibir hermoso dinero a cambio y llevarse el dinero en efectivo tranquilamente a casa, en vez de arriesgar un jueguecito. Su beneficio, en todo caso, era pequeño. Tan solo aceptaba aquellas cosas *haciendo un esfuerzo*, decía, con una sonrisa forzada en los finos labios. Se arriesgaba, susurraba por la comisura de los labios, junto al cigarrillo apagado, a quedarse con todas esas cosas, que quizá había costado mucho comprar, pero que al venderlas le causaban pérdidas a menudo. Los niñitos no lo entendían. Muchas veces era el último objeto de valor que el cabeza de una familia empobrecida había *aportado* allí, desprendiéndolo cuidadosamente del envoltorio de papel de seda y deshaciendo los nudos que ataban el paquete. Los boletos de empeño se extendían entonces en una de las dos trastiendas, delante de una gran caja de hierro del tipo más moderno, comprada a uno de los bancos quebrados por la inflación, con clave alfabética, y necesariamente se hacían los registros correctos en un gran libro de empeño de tamaño folio, con lomos de latón. De lo contrario, ¿cómo iban a volver a encontrar las cosas al cabo de los años? Allí también se producían pequeñas irregularidades.

Y, sin embargo, había dudas de que el propietario del casino tuviera una concesión válida para actuar como casa de empeño. La policía, como autoridad local, no tenía derecho a otorgar un permiso semejante. Oficialmente no se sabía nada, en la guía telefónica no aparecía nada (tampoco del club Hera), y ningún cartel en la puerta lo indicaba. Nunca se había llevado a cabo un control oficial o revisión contable.

Si el deudor reunía con esfuerzo la suma correspondiente más el diez por ciento de interés mensual, sin incluir gastos, tasa de registro y póliza (y esos intereses, gastos, etc., de al menos tres meses siempre se abonaban en el primer pago, es decir, se descontaban de la valoración, miserablemente baja, aunque se quisiera rescatar el objeto ese mismo día), un truco predilecto del propietario de Hera consistía en no aceptar su dinero. Se disculpaba diciendo que tenía las manos sucias, o que en ese momento no podía salir de la cocina, donde estaba preparando sabrosos postres o asando su famoso gan- so al estilo de Hamburgo. Pedía al jugador que esperase un momento. Pero ¿qué jugador puede esperar un momento? El propietario del casino pedía a aquel hombre un segundito de paciencia, y sonreía con los labios cerrados.

Pero ya en el umbral de la cocina, mientras sus miradas solo parecían dirigidas al fogón, donde sus maravillas bullían agradablemente en cacerolas de chamota a prueba de fuego, veía cómo los ojos del jugador, que aún no se había percatado del daño, resplandecían. Chiffon encendía otro cigarrillo. Podía dejarlo solo.

Cuando, algún tiempo después, volvía a salones llevando en brazos una bandeja de maravilloso aroma, y daba una

discreta palmada en el hombro a aquel niño bueno, o el hombre ya había vuelto a perder el dinero que había traído o simplemente ya no respondía, no pensaba en pagar su deuda, porque ahora estaba en una «racha favorable», era como si tuviera delante de sus ojos un buen negocio, realmente ventajoso, y creía poder multiplicar por diez esa misma noche la ganancia inicial en aquel nuevo marco-renta de apariencia insignificante, pero tanto más valioso.

En 7 de cada 10 casos, el niño no salía de la sala de juego hasta que los empleados del propietario, esos banqueros entrenados, familiarizados bajo la máscara de empleados decentes con todas las sutilezas del juego, le habían sacado hasta el último céntimo. Si había ganado, lo que no siempre se podía evitar e incluso era intencionado en algunos casos, los empleados, que en los buenos tiempos participaban con un porcentaje en el beneficio neto, no dejaban de admirar al jugador por su visión, su suerte, su supuesta destreza, su infalible *sistema*, y de halagar su necia vanidad («¡trescientos marcos-renta en media hora! ¡En serio! ¡Mañana más», dijo uno de ellos en una ocasión), de modo que podían estar seguros de que al día siguiente, o a más tardar tres días después, volvería a poner a prueba ese infalible sistema en el Hera y a poner su suerte sobre el tapete verde hasta que se alcanzara el resultado final, de una manera u otra. Cuando los niños estaban ganando, querían ver efectivo. Entonces sus objetos de valor ya no interesaban.

Pero, cuando el hombre estaba definitivamente *saqueado* o *desplumado* y empezaba a rogar, implorando un nuevo plazo para recuperar los objetos de valor de la familia, el pro-

pietario se dirigía a él con el más amable de los gestos, conversaba en susurros con la pobre víctima, sostenía el menú ante los ojos del niño como si aquel desdichado pudiera tener ahora apetito para tomar pollo y chuletas, se lo llevaba confianzudo aparte, a menudo a la vacía cabina telefónica. Se lo llevaba para no molestar a los otros jugadores y no echar a perder el apetito de los que comían en el comedor. Chiffon era legal, era bueno. Tenía paciencia. Parecía querer atender los deseos del que le imploraba. Asentía a la persona excitada con su gris cabeza engominada y bienoliente... tan solo la lengua reticente se resistía a decir sí, era como si tuviera que enrollarla dentro de la boca. El cigarrillo temblaba entre los labios. Las lágrimas subían a los ojos acuosos y azulados de ese seco diablo con olor a Chipre, balbuceaba sin moverse del sitio, su rostro enrojecía hasta en los surcos de su estrecha frente, parecía que iba a ahogarse ¿de risa?, ¿en llanto? Balbuceando y sacudiendo la brillante cabeza plateada ante aquella desgracia, empujaba a ese querido niño grande fuera de la calurosa y sorda celda, encendía un nuevo cigarrillo con el anterior y se apartaba de él. Entraba en la cocina a pasitos cortos y hacía un saludo de despedida, en apariencia desesperado, al pobre diablo con su mano morena, como si fuera él el que hubiera perdido el dinero y la prenda. Entonces el jugador se quedaba a menudo con los ojos llorosos, pero se rehacía y dedicaba su atención a la última cena barata, tan cara, que el propietario de la banca, Manfred von G., le había preparado, y ahora le sonreía desde lejos, comprensivo... y con cierta codicia, porque él mismo no se preparaba nada rico para comer. No lo toleraba.

[25]

Pasado el día del vencimiento, ningún deudor volvía a ver la prenda. Si era algo especialmente bonito o valioso, a menudo iba a parar a las manos de una encantadora joven pelirroja (la mejor bailarina de charlestón de la ciudad) llamada Vera, con la que también Rudolf D. tenía una relación íntima, y hacia la que el propietario del casino sentía un amor canino, sin que ese amor le fuera, según parecía, correspondido por entero.

Pero quizá era solo lo que parecía. Otros decían saber que esa joven y esbelta criatura no había pertenecido a ningún otro hombre salvo a ese Chiffon tempranamente envejecido, feo y balbuciente. ¿Cómo podía conjugarse tal cosa? Él mismo guardaba silencio ante todas las alusiones poco delicadas. Cubrir a esa mujer de dinero, vestidos, pieles, ropa de seda y joyas parecía el único motivo de Manfred von G., propietario de casino, para su ansia casi enfermiza de dinero.

Pero, cuando se les veía juntos en la sala de juego I o II del Hera, cosa poco frecuente, parecía ser justo al revés: Vera, pálida y relajada, miraba a Manfred con sus verdes ojos muy abiertos e implorantes, luego reía y le daba una palmada con los guantes, luego volvía en sí y balbuceaba en «lenguaje de bebé», se mordía los labios hinchidos de su boca en forma de corazón, maquillada en un rojo cereza. Para terminar, enmudecía de pronto, ruborizada y temblorosa, escondía la cabecita en el cuello subido de su valiosa piel o en su boa de plumas blanquinegra, especialmente si aparecían conocidos, mientras Manfred, canoso, seco, de sonrisa sarcástica, se quedaba junto a ella encogiéndose de

hombros, balbuceando y susurrando de forma insistente a su oído, rechazando sus manecitas encantadoramente suaves, desnudas, pequeñas, llenas de anillos, que asomaban de las mangas de kimono del abrigo de piel gris plateado. En esas ocasiones el propietario del casino tenía un aspecto especialmente lamentable, el color de su piel era de un pardo pálido, como de ternera demasiado hervida... Al principio a Vera no le gustaba ir sola a las salas de juego, a menudo llevaba consigo una amiga, que imploraba con la misma excitación. ¡Con cuánta frecuencia se había observado la manera implorante en que se le acercaban! ¿Qué querían de él? De creer a la entristecida gestualidad de Manfred, era a él al que explotaban.

De vez en cuando, en otros tiempos, en torno a 1919 y 1920, también el joven Rudolf D. (el sospechoso del asesinato) había estado con Vera en el local del propietario del casino, antes de que desapareciera durante largos meses, durante los que se suponía que había participado en luchas políticas. En aquel entonces, hablaba a menudo a puerta cerrada en la trastienda con Manfred, y se marchaba luego con la chica, con el rostro alegre o sombrío. ¿Había pedido dinero? No era probable. ¿Había llevado objetos de valor a empeñar al dueño del casino? Él no jugaba casi nunca.

A menudo se les veía a ambos, Rudolf y Vera, estrechamente unidos, pero con la mirada apagada y perdida, en el raído sofá de peluche rojo pegado a la pared de la primera sala de juego. La gran mano de Rudolf llevaba una pulsera, las manecitas de Vera un montón de ellas. De vez en cuando el metal tintineaba, mientras ellos se agarraban de

la mano, mudos y firmes, y esperaban a Manfred von G. Los párpados azulados subían y bajaban sobre los hundidos ojos, en los rostros hermosos, pero un tanto vacíos. Los dos jóvenes parecían envejecidos. Bostezando aburridos y dejando al descubierto sus hermosos dientes almendrados, luego suspirando, impulsados por una inquietud interior y aun así controlándose, seguían con la mirada las alternativas del juego sin participar en él.

Ella se pegaba a él, envolvía las manos en el forro de seda floreado de su abrigo. Él se sobresaltaba ante el contacto, se apartaba de ella, volvía a pegarse, como si quisiera mostrarse agradecido. Pero no la miraba. Volvía los ojos gris azulado, relucientes, sin mirar a ninguna parte.

Por fin, el propietario la llamaba a la trastienda. Se ponían en pie de un salto, totalmente transformados, desinhibidos. Para Manfred, parecía un placer diabólico volver a torturarlos cada vez el mayor tiempo posible. ¿Con qué los atraía? ¿Qué tenía que ofrecerles? ¿A ellos, personas jóvenes, casi niños, auténticos *niños*?

IV

El trajín del propietario de casino Manfred von G. no podía ser desconocido para la policía. Y sin embargo le dejaban hacer. Al parecer, con sus favores resultaba más útil a la policía que dañino para sus necias víctimas, los pequeño-burgueses locos por el juego y los jóvenes que iban a parar al mal camino, como Vera y Rudolf. Al menos daba toda la impresión, y los hechos hablaban en ese sentido, de que

siempre estaba seguro de lo que hacía. En sus salas de juego se encontraban a menudo personas por las que la brigada criminal se interesaba en alguna medida. No se podía negar inteligencia a Manfred von G., dominaba casi a la perfección varios idiomas y tenía una brillante memoria para las personas. Por tranquila que fuera su vida en apariencia, tenía vínculos con todos los círculos posibles. Tan solo había una clase profesional que no tenía permiso para cruzar el umbral de su casa, los «niños heroicos», es decir, los militares y los cuerpos francos. Él, que con frecuencia daba de comer a los tipos más imposibles y luego los hacía tranquilamente tomar asiento a la mesa de juego y perder hasta el último del poquito dinero que tenían, rechazaba de manera clara y decidida a todo el que tuviera lejanamente pinta de vestir uniforme. En ese punto casi nunca se equivocaba. Quizá fuera que el mando militar de B. no admitía que oficiales o tropa del Ejército se convirtieran en jugadores. Había que cuidar de que ninguno de sus allegados tuviera tentaciones allí, cerca de la frontera. Por lo demás, se trataba de una sociedad muy mezclada, en el Hera se veía, junto a un gordo farmacéutico retirado hinchado por el alcohol, que aparecía con mucha frecuencia, a un viejo médico un tanto dudoso, el Dr. M., que ya había tenido contacto con los tribunales a causa del § 218², pero gracias a un buen abogado siempre había salido en libertad, y a menudo su casera lo apartaba de la mesa de juego para atender pacientes..., venían periodistas, desde luego más como espectadores que como juga-

² Parágrafo del código penal alemán referido a la interrupción ilegal del embarazo [N. del T.].

dores de azar con capacidad de pago, viajeros de comercio sin trabajo, mercaderes de divisas, ahora por desgracia sin divisas la mayoría de ellos, funcionarios jubilados, refugiados, estudiantes sin estudios, terratenientes sin tierra y trabajadores sin trabajo... luego, junto a los visitantes habituales, más o menos conocidos, aparecían también *existencias* sin nombre, bien vestidos, a menudo demasiado bien para aquellos difíciles años, caballeros que ocultaban su inquietud, miedo y agitación detrás de una conducta hinchada, engreída, arrogante, gentes que sin duda llevaban monóculo, pero no un pañuelo limpio para limpiarse las gafas, gentes que posiblemente habían salido de la cárcel o estaban a punto de ingresar en ella. Manfred von G. también tenía buen ojo para esas «existencias sin nombre», igual que para los miembros del Ejército que iban de paisano y para los «confabulados». Daba gracias al cielo por tenerlo y se atenía con total corrección a su pacto no escrito, a sus niños *buenos*. Le reportaban lo suficiente; cuando se quejaba de lo mal que iban los negocios, tenía un sutil encanto para él dejarse compadecer, igual que le proporcionaba un placer inmenso que al salir del local uno de aquellos a los que había denunciado le estrechara la mano con especial cordialidad.

Aunque el propietario del casino era inevitablemente consciente de que algún día su doble papel tendría que salir a la luz: entregaba de forma inmediata a la policía a todo cliente que le resultara sospechoso. Al parecer, tenía acceso regular a la lista oficial de delincuentes perseguidos por la policía. El método de Manfred era muy inocente. Tan inocente que durante mucho tiempo ninguna sospecha re-

cayó sobre él. Hacía que el huésped sospechoso se sentara tranquilamente a la mesa de juego, hacía una seña a uno de sus empleados, el más veterano, para que dejara al afectado ganar más que perder. Entretanto avanzaba a saltitos hacia la cabina telefónica, dejaba la puerta de la cabina abierta para demostrar lo inocente que era la conversación, y pedía el número de la comisaría a la complaciente telefonista indicando un prefijo acordado. Luego daba al funcionario de servicio, siempre conforme a un código, sus indicaciones de manera muy exacta, de tal modo que la policía no solo sabía si se trataba de un mero sospechoso o de un perseguido, un «número alto» (expresado por una cifra superior a diez, p.ej. «veinte», «treinta», etc.), o de alguien escapado de la prisión, llamado «diferencial», sino que además también podía saber si el afectado estaba sobrio («rata de agua») o ya aturdido por el alcohol («infiernillo»), si estaba solo («solterón») o había llegado al Hera rodeado de una cohorte de sus iguales («club de bolos»), si ya estaba en el umbral, listo para despedirse («Lohengrin») o era previsible que se quedara largo tiempo en la sala de juegos («portero de noche»).

Manfred von G. no era un mal conocedor del género humano, sus indicaciones solían ser correctas y, en su forma, a menudo tan joviales y —por lo menos para él— tan cómicas que la celda resonaba con el eco de su risa. Si la brigada criminal tenía semejante auxiliar en él (hacía sus *favores* tan bien como voluntariamente, y casi siempre rechazaba las sumas ofrecidas por la denuncia a favor del funcionario de la criminal encargado del caso), a menudo podía renunciar a que cuatro o cinco hombres se presentaran en

el club y llevaran a cabo en persona la detención. Podía limitarse a pasear de un lado para otro fuera, normalmente en la esquina siguiente, junto al quiosco de prensa, esperar el momento, pedir al afectado sus documentos y en su caso llevarlo al puesto de guardia.

EL AUTOR

ERNST WEISS (Brno, actual República Checa, 1882 - París, 1940) fue un médico y escritor checo en lengua alemana de ascendencia judía. Cursó Medicina en Praga y Viena, donde en 1908 culminó sus estudios y primeramente ejerció como cirujano. En los años siguientes también lo haría en Berna y Berlín. Retornó esporádicamente a Praga, donde entabló amistad con algunos conocidos miembros del círculo literario del café Arco, señaladamente con Franz Kafka, quien dedicó a Weiss numerosas entradas en sus *Diarios*. Durante la Gran Guerra, sirvió como médico de regimiento en el frente oriental. En 1921 abandonó la medicina y se trasladó a Berlín para dedicarse por entero a la escritura. Allí alcanzó rápido renombre y sus obras conocieron las prensas de Kurt Wolff, el prestigioso editor alemán de Kafka y otros grandes de la literatura europea de Entreguerras. En 1933, tras el incendio del Reichstag, Weiss, como tantos otros de sus compatriotas y correligionarios, abandonó Berlín. Primero se dirigió a Praga, donde permaneció al cuidado de su madre, gravemente enferma. Tras su fallecimiento en 1934 marchó a París. Su postrera etapa en la capital francesa estuvo marcada por la penuria, aunque también por el alumbramiento de algunas de sus obras más geniales: *El médico de la prisión* y *El testigo ocular*. El 14 de junio de 1940, coincidiendo con la entrada de los nazis en París, Ernst Weiss –como más tarde harían Benjamin en Portbou y Zweig en Petrópolis– decidió poner fin a su vida. Ingerió veneno en su habitación del hotel Trianon y murió de resultas en el hospital al día siguiente. También como Benjamin, dejó atrás una maleta con sus últimos escritos, *leitmotiv* empleado por Ana Seghers en *Tránsito*, su imprescindible novela sobre los exiliados del nazismo, en la que Weiss asume la identidad de Weidel, un escritor hallado muerto en un hotel del Quartier Latin el mismo funesto día, quedando *huérfanos* gran cantidad de textos, entre ellos, una novela manuscrita.

EL MOSAICO DE EUROPA: REINOS DESAPARECIDOS

El médico de la prisión es el tercero de los cuatro libros que integran la colección «El mosaico de Europa: reinos desaparecidos», cofinanciada por el Programa Europa Creativa de la Unión Europea, dentro del marco de ayuda a los proyectos de traducción literaria 2020.

El proyecto defiende la idea de una tradición literaria común, basada en la conciencia de lo que significa ser europeos, y otorga la mayor de las importancias al bagaje aportado por las minorías y, en especial, a su riqueza lingüística. Pretende llamar la atención sobre la fina, cuando no invisible línea existente entre las fronteras geográficas, históricas y políticas, entre cultura e identidades nacionales, entre pasado y presente, y poner de manifiesto cómo la memoria escrita, distinguida fundamentalmente en las obras de ficción, puede llegar a convertirse en patria común de los europeos, un lugar donde refugiarse de las veleidades de los Estados, siempre sujetos a la frontera ineludible del tiempo.

El resto de libros de esta colección son: *La épica de las estrellas matutinas* de Rudi Erebare, *Mago* de Magdalena Parys e *Historia de un homicidio* de Ernst David Kaiser.